

López, Julián Ignacio

Agustín de Hipona: bienes creados y felicidad

Sapientia Vol. LXXI, Fasc. 237, 2015

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

López, Julián Ignacio. “Agustín de Hipona : bienes creados y felicidad” [en línea]. *Sapientia*, 71, 237 (2015).
Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/agustin-hipona-bienes-creados-felicidad.pdf> [Fecha de consulta:.....]

JULIÁN IGNACIO LÓPEZ

*Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires
Argentina
j.ignaciolopez@hotmail.com*

Agustín de Hipona: bienes creados y felicidad

1. Introducción

En el siguiente trabajo nos proponemos indagar ciertas cuestiones correspondientes a uno de los problemas esenciales de toda la filosofía: ¿cuál es el fin último del hombre y en qué consiste su felicidad? Dada la inabarcabilidad de dicho propósito, entraremos en diálogo únicamente con el pensamiento de Agustín de Hipona y su postura frente a la problemática que nos atañe. Conforman el eje central de nuestro estudio la postura del Hiponense respecto de los bienes terrenales, agrupables bajo el concepto de *mundo*, y su relación con el fin último del hombre.

En primer lugar intentaremos presentar qué entiende Agustín por felicidad y cuál es el objeto más propio de dicho deseo. A continuación presentaremos el concepto de *mundo* desarrollado por el autor, dejando en evidencia el conjunto de bienes que este abarca. Más adelante abordaremos la tensión que se genera en el pensamiento del Hiponense entre el mundo y Dios, trayendo a colación las posturas adoptadas por Romano Guardini y Victorino Capánaga. Superada esta instancia, intentaremos refutar, desde el pensamiento del Hiponense, la tesis maniquea correspondiente al mal ontológico, lo cual nos permitirá hablar del mundo desde los trascendentales, fundamentalmente entendido como ontológicamente bueno. Habiendo llegado a dicho punto, intentaremos exponer los principales peligros que se siguen al reconocer al mundo como bueno,

Artículo recibido el 23 de abril de 2015; aceptado el 12 de mayo de 2015

SAPIENTIA / AÑO 2015, VOL. LXXI, FASC. 237 - PP 201 - 216

siempre en relación con el fin último del hombre. Finalmente, previo a las conclusiones, es nuestra intención analizar la propuesta que el mismo Agustín parece dar frente a esta concepción del mundo, es decir, cómo debemos vivir en él; para ello presentaremos la conocida doctrina del *ordo amoris* y la correspondiente al *homo viator*, ambas propuestas por el Hiponense.

2. El concepto de felicidad y su objeto propio: origen, sede y naturaleza del deseo.

Ya intuyó Aristóteles que nuestra voluntad se ve atraída naturalmente hacia el bien¹. A su vez, todo lo que el hombre realiza se encuentra orientado hacia un bien superior, funcionando al modo de fin respecto de los demás bienes, que es querido por sí mismo y responde a nuestro deseo más profundo: el anhelo de plenitud y felicidad². Por lo tanto, la felicidad debe consistir en la adquisición del bien más noble y perfecto, únicamente deseado por sí mismo. En este sentido, la felicidad sería aquel bien según el cual todo lo demás es perseguido y anhelado, es la plenitud máxima de la misma esencia humana. Luego de adquirida la felicidad, no queda nada por desear sino simplemente gozar de ella³.

A su vez, todo hombre indefectiblemente desea ser feliz, pues «¿quién puede, pudo o podrá jamás encontrar a alguno que no quiera ser feliz?»⁴, pero el que es capaz de volver sobre

¹ Cfr. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, Buenos Aires, Gredos, 2008, Libro I, p. 19

² «Establecido el sumo bien en filosofía, todo queda bien cimentado. Porque en las demás cosas, si se descuida o desconoce algo, el daño es proporcional al valor de las mismas. Pero si no se sabe dónde está el sumo bien, se oscurece toda la razón y significado de la vida. De aquí dimanar tantos errores, que los hombres andan a la deriva de sus opiniones, sin saber a qué puerto acogerse. Al contrario, cuando se determina y conoce el fin de las cosas y dónde están los bienes y los males, se ha hallado el camino de la vida y la ordenación de los deberes». *De finibus bonorum et malorum*. V 6. M. TULLII CICERONIS, *Opera II* (Genevae 1758), citado por CAPÁNAGA, V. en *Obras de San Agustín I*, BAC, 1979, p. 537.

³ «Sólo en la posesión acaba, en verdad, el aislamiento, y este final es una misma cosa que la felicidad. Pues nadie que no esté disfrutando de lo que ama, es feliz. Incluso quienes aman lo que no debieran, se piensan felices no porque lo amen sino porque disfrutan de lo que desean.» ARENDT, H., *El concepto de amor en San Agustín*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2001, p. 37

⁴ AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones*. 118, I, 1. Todas las obras del Hiponense se

sí mismo⁵ es quien descubre la verdad de su naturaleza, el camino acertado de realización y perfección al cual todo hombre está llamado. Por lo tanto, el camino propuesto por el Agustín converso parte de la interioridad, dado que muy dentro del hombre se encuentra la respuesta a la pregunta por qué es este deseo y qué bien lo puede colmar. Más allá de esta breve mención a la vida interior, lo que es evidente es que no se puede negar aquí el deseo de felicidad ni el objeto capaz de saciarlo, debiendo aclararse cuál es dicho bien.

Respecto a la naturaleza de este anhelo de la naturaleza humana, en primer lugar, se percibe una distinción en relación con el resto de las creaturas mundanas por el hecho de ser el hombre capaz de infinito. San Agustín desarrolla esto en su obra juvenil *De beata vita*, en donde busca profundizar la idea misma de felicidad. En esta obra el santo comienza por preguntarse si la felicidad en tanto fin último del hombre puede hallarse en los bienes más inmediatos y propuestos por el mundo, pero comprende que «es así que aquellos bienes de fortuna pueden perderse; luego el que los ama y posee, de ningún modo puede ser dichoso»⁶. Consecuente con esto, de aquí mismo surge la concepción del Bien Sumo como un bien que necesariamente debe ser infinito y que se debe poseer sin la posibilidad de perderse: «Quien desea ser feliz debe procurarse bienes permanentes, que no le puedan ser arrebatados por ningún revés de la fortuna»⁷.

Por tanto, una preocupación importante para Agustín no es tanto la existencia de bienes sino la posesión ininterrumpida de ellos, por lo cual se resiste a pensar la felicidad basada en bienes temporales no tanto por su carga de bondad (a pesar de que su finitud es sin duda una nota excluyente en la búsqueda de la felicidad), sino más bien por su inestabilidad⁸. Por tanto, de la insuficiencia del mundo surge el anhelo de infinito presente en el hombre, quien resulta no solamente capaz sino también

toman de la colección de la BAC. Los tomos y los años de edición correspondientes se explicitan en la bibliografía.

⁵ Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, *De Vera Religione*, 39, 72

⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, *De beata vita*. 2, 11.

⁷ *Idem*.

⁸ Cfr. ARENDT, H., *op. cit.* p. 26

necesitado de algo superior al mundo y a lo que este ofrece; de las características que debería poseer aquel bien capaz de saciar al hombre (infinitud, perfección del bien y posesión ininterrumpida en el tiempo) surge la intuición de Dios como fin último del hombre, y por ello afirma San Agustín: «nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que repose en Ti»⁹.

3. El concepto agustiniano de mundo

Antes de abordar el rol que ocupan los bienes finitos en la consecución de este Sumo Bien inagotable, es importante preguntarnos qué entiende San Agustín por mundo. En primer lugar y en sentido amplio diríamos que el mundo es el conjunto de bienes terrenales y corruptibles que adornan y acompañan nuestra existencia. Estos bienes pueden ser materiales, como el dinero, la comida, el placer, la salud; o bien pueden ser inmateriales, como la fama, el prestigio, el honor, etc. Resulta evidente que no todos ellos tienen la misma carga ontológica de bondad, sino que más bien se ordenan jerárquicamente, oscilando entre los bienes necesarios y los prescindibles¹⁰. Dadas estas características de lo que de ahora en más denominaremos mundo, parece que el Bien Sumo del que hablamos no es capaz de ser poseído en esta vida terrenal para San Agustín, motivo por el cual él mismo nos aconseja: «[La felicidad] no la busquéis en la tierra. Es grandiosa, pero no es de aquí»¹¹.

De este modo, en un primer momento parece haber una disociación entre el mundo y la felicidad. En continuidad con esto, podríamos preguntarnos por qué tal menosprecio por parte de Agustín hacia el mundo, algo que intentaremos responder a partir de cierto análisis que realiza Romano Guardini en su obra *La conversión de San Agustín*. Allí mismo Guardini

⁹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*. 1,1.

¹⁰ «El conjunto de las esencias eternas, y de las cosas temporales que participan de esas esencias, forma una jerarquía de realidades superiores e inferiores las unas a las otras; las relaciones que nacen de esta jerarquía constituyen lo que el hombre llama orden.» GILSON, E., *Introducción al pensamiento de San Agustín* [1983], Trad. de Courrèges (inérita), p. 121.

¹¹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones*. 233, 4. Los corchetes son nuestros.

parece sugerir un principio de respuesta a esta cuestión, reconociendo en el Obispo de Hipona una corporeidad débil, sobre todo en temas de salud:

La imagen de la afectividad de Agustín se hace más clara cuando se toma conocimiento de que su salud no habría sido muy fuerte. [...] Vale decir entonces que se trata de una poderosa vida instintiva en un cuerpo de complejión delicada y sensible¹².

Sin duda este factor podría interpretarse como un claro incentivo a la división de planos, generando una fuerte tensión entre la espiritualidad y la corporeidad en su propia vida¹³. De igual modo, el mismo Guardini nos previene del peligro que esconde esta tensión que se comienza a percibir en los pensamientos del Hiponense; él advierte en la obra en cuestión que «en cuanto el pensamiento se acostumbra a remontarse, ante cualquiera realidad finita, directamente a Dios, a su acción, eternidad, plenitud de sentido, etc., lo terrenal corre el riesgo de perder su importancia...»¹⁴. Por lo tanto, podríamos decir que Romano Guardini encuentra justificativos al menosprecio del mundo y la vida terrenal, en parte en la endeble consistencia de la realidad temporal, incluida la salud de Agustín, y en parte en la intuición de las realidades eternas e inmutables a partir de la lectura del *Hortensio* y de su contacto con la sabiduría por medio de la filosofía.

Por otro lado, paralelo al análisis de Romano Guardini y en relación con las influencias intelectuales que recibió San Agustín, encontramos la lectura realizada por el célebre traductor y comentarista del Hiponense, Victorino Capánaga, quien da una justificación del alejamiento del mundo a partir del contacto con la filosofía neoplatónica en el pensamiento del santo.

El neoplatonismo fue una ayuda real en la ascensión dialéctica de San Agustín; pero el descubrimiento del reino superior de la hermosura y del destino espiritual del hombre, que

¹² GUARDINI, R., *La conversión de San Agustín*, Buenos Aires, Ágape, 2008, p. 53.

¹³ *Ibidem.* p. 52

¹⁴ *Ibidem.* p. 155

debe aspirar a su contemplación, aumentó la tensión entre el mundo sensible e inteligible¹⁵.

La distancia entre el neoplatonismo y San Agustín es notable en muchos puntos, análisis que no nos compete desarrollar aquí y que simplemente nos limitaremos a mencionar, pero no podemos negar ciertos elementos comunes, entre los cuales podemos incluir esta distinción tajante entre el mundo sensible y el inteligible, fundamentalmente en cuestiones de carga ontológica, consistencia y valor para el hombre y su camino por alcanzar la felicidad. En otras palabras, reiteradas veces salta a la vista a lo largo de toda su obra la contraposición entre lo eterno y lo temporal, lo corruptible y lo inmutable, lo mudable y lo estable, si bien para el Hiponense todo es parte de una misma creación.

4. Dios y el mundo: la bondad ontológica

Si bien V. Capánaga y R. Guardini parecen reconocer en Agustín una fuerte oposición del mundo frente Dios, a pesar de que la opinión de tales autores resulta consistente y respetable, podríamos extraer la misma conclusión de la pluma de San Agustín¹⁶. Por todo ello, no podemos evadir el siguiente interrogante: si efectivamente debemos soportar más que gozar de la vida presente, ¿por qué nos encontramos altamente seducidos por los placeres mundanos? Efectivamente, debe existir algo de esta realidad temporal, algo propio de la constitución del mundo en sí mismo que capte la atención del hombre, que lo provoque y lo seduzca; debe existir en él algo de verdad que llame su inteligencia, algo de bondad que incentive su voluntad.

En primer lugar, es importante mencionar que esta desvalorización de la vida terrenal no parece estar dirigida a la esencia misma del mundo y considerando a este como algo malo en sí mismo. Muy por el contrario, San Agustín parece referirse al

¹⁵ CAPÁNAGA, V., «Introducción general», en: *Obras de San Agustín I, op. cit.*, p. 17.

¹⁶ «Más bien que amarlas, debemos soportar las cosas presentes; a las claras está la maldad de las cosas adversas y la engañosa felicidad de las prósperas». AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones*. 19, 6; además, Cfr. *Enarrationes in Psalmos*. 119, 9 y *Enarrationes in Psalmos*. 124, 1

mundo con aires de menosprecio en cuanto impedimento u obstáculo para el hombre en sus anhelos por alcanzar la perfección, es decir, en cuanto intenta ser verdaderamente feliz; y precisamente se convierte en obstáculo para el hombre por ser los bienes creados de algún modo buenos. Por tanto, el problema se identifica con un desorden de prioridades, en donde lo inferior interfiere en la consecución de lo superior. En esta línea advierte el Hiponense:

Todas las cosas que existen, es Dios quien las ha creado: que el espíritu del Señor te ilumine para que conozcas que todas son buenas; pero, ¡ay de ti, si amas las cosas creadas y abandonas al Creador! Dios no te prohíbe amarlas; lo que no quiere es que las ames con miras a la felicidad, sino que las consideres y alabes amando en ellas al Creador¹⁷.

De este modo, si el mismo Dios no prohíbe amar el mundo, siempre que lo hagamos como medio para amarlo a Él, entonces debe necesariamente poseer cierta bondad, la cual es condición necesaria para seducir la voluntad del hombre. En concordancia con esto se comienza a dilucidar la apreciación precisa y el modo certero de cómo concibe el mundo el Hiponense, no como una realidad mala y que nada tiene para el hombre que no sea miseria sino más bien como un bien inferior capaz de confundir y estorbar la felicidad plena de aquellos que no logren amarlo en su justa medida¹⁸.

Por lo tanto, si bien no caben dudas de que siempre se elegirá entre bienes, tampoco podemos evadir el hecho de que, en algún momento, el hombre deberá definir para su vida qué clase de bienes prioriza y en dónde asienta su morada para realizarse; en otras palabras, para San Agustín existen dos grandes opciones: o se pertenece al mundo o se pertenece a Dios¹⁹. El Hiponense no pretende darle una connotación negativa al mundo en sí mismo sino en cuanto se lo compare con Dios, y dado que debemos elegir entre uno u otro, no exclusivamente,

¹⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, *In Epistolam Ioannis*, 2, 8-14. De igual modo sostiene el santo en otra obra que «Los bienes más imperfectos y terrenos también son obra de Dios.» *De Natura Boni*, 30.

¹⁸ *Cfr.* AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones*. 21, 3.

¹⁹ *Cfr.* AGUSTÍN DE HIPONA, *In Epistolam Ioannis* 2, 8.

pero sí ordenándolos jerárquicamente, no se debe perder de vista qué es lo superior y qué lo inferior²⁰. En este sentido, recordemos que para Agustín la realidad es obra de Dios y toda en su conjunto conforma un orden, una cosmología integrada armónicamente, ontológicamente buena, obra del Creador. A propósito de esto se afirma en la introducción al *De Ordine* que:

San Agustín no ha predicado ni practica una fuga universal del mundo exterior, como si el demonio se hallase agazapado en todas las cosas para poner trampas al hombre. Tiene el ojo del espíritu abierto a todas las hermosuras y armonías que son medios de unión con el Creador. Las criaturas tienen una medida, una hermosura y un orden. Esta es la ontología profesada en Casiciaco²¹.

Así todo, si bien se rechaza una oposición ontológica y radical entre Dios y el mundo, podemos no obstante hablar de una oposición relativa en tanto orden de prioridades y sede de realización del hombre. Por otra parte, es evidente que, a pesar de saberse con claridad que Dios es el Sumo Bien, no por ello el hombre debe fugarse de la realidad temporal, puesto que los bienes creados se encuentran aquí para ser utilizados y aprovechados como escalera hacia Dios²². Por lo tanto, no nos encontramos frente a una disyuntiva de *amar-no amar*, sino más bien frente a una cuestión de orden de prioridades, pues en tanto son bienes todo debe ser amado, estando el corazón de la cuestión en cómo se debe amar a cada cosa²³.

Como ya dijimos el fin último del hombre es Dios y Él no se encuentra en este mundo pero, al mismo tiempo, como menciona Gilson, los bienes terrenos no deben ser menospreciados en sí mismos sino prudentemente jerarquizados, dado que son de mucha utilidad y gozo ordenado para nosotros, sumado al hecho de que a través de ellos podemos contemplar al Creador. Ya hemos anticipado en San Agustín un claro optimismo metafísico respecto al mundo, manifestado también por Victorino

²⁰ Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarrationes in Psalmos*. 32, 3, 15.

²¹ CAPÁNAGA, V. «De Ordine. Introducción», en: *Obras de San Agustín I*, op. cit., p. 590

²² Cfr. ARENDT, H., op. cit. pp. 53

²³ Cfr. GILSON, E., op. cit. pp. 155

Capánaga: «La bondad del universo es verdad fundamental y primera del pensamiento agustiniano, y descansa sobre una estructura vestigial o trinitaria, pues toda criatura es vestigio de Dios, huella de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor infinito». Y completa más adelante: «ante todo, no se pierda de vista el optimismo metafísico agustiniano, que es también fundamental en la filosofía del cristianismo». Por tanto, al menos en Agustín, la visión cristiana del mundo es siempre positiva y optimista.

5. El *homo viator* y el *ordo amoris*

Dada la evidencia para todo hombre de que la vida en la tierra es inevitable, solamente estamos en condiciones de elegir cómo vivirla, pues no podemos evitarla. Una de las imágenes preferidas de San Agustín para hablar de esta vida es la del hombre peregrino. Según el Hiponense, todo ser humano vive en este mundo en un estado de peregrinación, es decir, de no reposo y en continuo movimiento: «Está claro que nuestra vida no es estable en ninguno de sus períodos. Y en todos ellos hay fatiga, en todos agotamiento, todos ellos se destruyen»²⁵. El reconocimiento de la vida temporal como una larga peregrinación no es una convicción trivial, de hecho, determina en gran parte el modo de vida del hombre en el mundo. A propósito de ello, el Obispo de Hipona recomienda al hombre peregrino:

El dinero te será bagaje para el exilio, no incentivo de la codicia; has de usarlo según la necesidad, no disfrutarlo para deleite. Ama a Dios, si lo que oyes y alabas ha obrado en ti algo. Usa el mundo, no te cace el mundo. Porque has entrado, estás de viaje; has venido para salir, no para quedarte; estás de viaje, posada es esta vida²⁶.

Por lo tanto, la invitación del Hiponense es clara: se invita al *homo viator* a vivir con entusiasmo su estadía en este mundo, a usar de todos los bienes que la Providencia le ofrece,

²⁴ CAPÁGANA, V. «Introducción general», en: *Obras de San Agustín I, op. cit.*, p. 48

²⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarrationes in Psalmos*. 62, 6

²⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, *In Evangelium Ioannis*. 40, 10

pero siempre en vistas al Sumo Bien, siempre caminando hacia la morada eterna. El hecho de encontrarse peregrinando hacia Dios necesariamente obliga al hombre a ordenar sus prioridades, es decir, sus amores. En otras palabras, amorosamente deberá usar del mundo para gozar de Dios, pues sólo en Él reposa, sólo en Él descansa, sólo en Él concluye su camino.

Todo caminante se vincula con aquellos bienes que se encuentra en el camino en categorías de necesidad y utilidad según el fin hacia el cual camina y los obstáculos que deberá sortear para llegar a él. De igual manera, quien camina hacia Dios y tiene su meta clara en Él, desechará muchos bienes temporales y peleará por otros, buscando escalar a través del uso del mundo hasta Dios²⁷. Si el hombre no fuese un peregrino hacia la patria celestial, no habría razón para no asentarse y hacer de la vida terrenal el fin último de su existencia, siendo la insaciabilidad en tal caso un problema sin solución, pues no habría promesa de eternidad, necesaria para la satisfacción plena de la naturaleza humana.

Cabe decir, además, que la tesis del *homo viator* no propone una vida apática ni una actitud de indiferencia frente al mundo. De hecho, el hombre prudente es quien mejor ama lo creado, pues lo ama en su justa medida, como lo que es. El peregrino no espera de tales bienes más de lo que pueden darle, lo cual no lo priva de su disfrute en cuanto tales. Por tanto, se aleja del camino de la felicidad el orientar nuestra voluntad a la persecución de los bienes terrenos, una vez más, no porque sean malos sino porque hay bienes mayores y más duraderos.

Por lo tanto los bienes temporales parecen desvalorizarse únicamente frente a los bienes celestes²⁸. Ambos deben ser amados, si bien los primeros únicamente en cuanto a su uso; por ello aconseja el Hiponense lo siguiente: «No te digo: no ames los bienes de la tierra, sino que los ames moderadamente y con relación al Creador, a fin de que este afecto no te sirva de lazo y no ames para gozar lo que solo debes tener para usar»²⁹. Y es justo aquí donde se introduce la concepción del *ordo amo-*

²⁷ «Acércate a Cristo; Él es tu fin; todo lo demás no es más que el camino» AGUSTÍN DE HIPONA, *In Epistolam Ioannis* 10, 5

²⁸ Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*. 13, 8.

ris propuesta por el Hiponense, sintetizada en su afirmación de «ama y haz lo que quieras»³⁰. A propósito del amor ordenado, en la relación entre bienes de uso y bienes de gozo, podríamos agregar que:

Al amar a Dios a causa de su propia valía, le subordina el alma cualquier otro bien. Respeta y conserva, pues, el orden ontológico que rige en el cosmos, en virtud del cual somete en sí misma todas las otras funciones a la razón contemplativa y, en relación con las realidades externas, de las inferiores hace medios de los que servirse en vista a disfrutas de las superiores³¹.

Aquí, por razones de extensión y finalidad de nuestro trabajo, simplemente nos limitamos a mencionar muy brevemente tales propuestas de la filosofía agustiniana, a saber, el *homo viator* y el *ordo amoris*, ambas íntimamente relacionadas y consecuentes entre sí. Por tanto, a modo de conclusión general, pareciera que en la filosofía de Agustín no estamos llamados a despreciar el mundo o a fugarnos de él, pues es obra de Dios y por lo tanto algo bueno que debe ser apreciado y aprovechado, sino que más bien somos invitados a hacer recto uso de los bienes terrenos a lo largo de nuestra peregrinación por medio del amor ordenado, buscando alcanzar así el verdadero Bien para el cual estamos creados, pues «nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que repose en Ti».

6. Conclusiones

Llegando al final de nuestro escrito, intentaremos exponer algunas conclusiones fundamentales. En primer lugar, podemos decir que San Agustín es un amante de la Creación, pues a pesar de ser un autor de expresiones cargadas de un cierto menosprecio por lo mundano, defiende un claro optimismo metafísico respecto a la obra de Dios. Por lo tanto, podríamos

²⁹ AGUSTÍN DE HIPONA, *In Epistolam Ioannis* 2, 13.

³⁰ Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*. III, 1.

³¹ OROZ RETA, J. – GALINDO, R., *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy*, Tomo I, Valencia, Edicep, 2012. p. 341

decir que el mundo no es ontológicamente malo, pero puede ser peligroso.

En segundo lugar, a pesar de ciertas expresiones del santo, creemos que no estamos invitados a fugarnos del mundo, sino que estamos llamados a usar de todos los bienes que nos rodean, ordenándolos siempre a nuestro fin último. El recto uso y la prudente jerarquización del mundo es el camino de acceso a Dios, pues a través de sus bienes podemos llegar a Dios con mayor facilidad. Resulta de fundamental importancia para ello la claridad del hombre en la distinción entre medios y fines, punto de llegada y camino.

En tercer lugar, debemos recordar que la subordinación del mundo y sus bienes temporales al Bien Sumo, es decir, Dios, no equivale a cultivar una actitud de indiferencia o apatía del hombre frente a lo terrenal. Muy por el contrario, Agustín considera no solamente que tales bienes fueron creados para ser usados y gozados en su respectivo orden y jerarquización, sino que además, por medio del amor ordenado y en carácter de peregrino, es como mejor se aprovechan y se disfrutan los bienes finitos. En otras palabras, no es su propuesta respecto a lo mundano una restricción del goce, sino más bien un acceso al goce perfecto de los bienes temporales, el cual se logra por medio del orden en el amor.

Bibliografía

a) Fuentes primarias

- AGUSTÍN DE HIPONA, *Obras de San Agustín I, Introducción general, De ordine, De beata vita*, BAC, Madrid, 1979.
- , *Obras de San Agustín II, Confesiones*, BAC, Madrid, 1979.
- , *Obras de San Agustín III, De Natura Boni*, BAC, Madrid, 1947.
- , *Obras de San Agustín IV, De Vera Religione*, BAC, Madrid, 1948.
- , *Obras de San Agustín VII, Sermones*, BAC, Madrid, 1981.
- , *Obras de San Agustín XIII, BAC, In Evangelium Ioannis* Madrid, 1955.
- , *Obras de San Agustín XVIII, In Epistolam Ioannis* BAC, Madrid, 1959.

-
- , *Obras de San Agustín XIX, Enarrationes in Psalmos*, BAC, Madrid, 1967.
- , *Obras de San Agustín XX, Enarrationes in Psalmos*, BAC, Madrid, 1967.
- , *Obras de San Agustín XXI, Enarrationes in Psalmos*, BAC, Madrid, 1967.
- , *Obras de San Agustín XXII, Enarrationes in Psalmos*, BAC, Madrid, 1967.
- , *Obras de San Agustín XXIII, Sermones*, BAC, Madrid, 1981.
- , *Obras de San Agustín XXIV, Sermones*, BAC, Madrid, 1981.

b) Fuentes secundarias

- ARENDET, HANNAH, *El concepto de amor en San Agustín*, Edición encuentro, Madrid, 2001.
- ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, Gredos, Madrid, 1985.
- GILSON, ETIENNE, *Introducción al pensamiento de San Agustín* [1983], traducción de Courrèges (inédita).
- GUARDINI, ROMANO, *La conversión de San Agustín*, ÁGAPE, Buenos Aires, 2008.
- OROZ RETA, JOSÉ – GALINDO, RODRIGO, *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy*, Tomo I, Edicep, Valencia, 2012.